



NUM. 5.

MADRID, 15 DE MARZO DE 1857.

AÑO I.

QUINTANA.



ecia Quintana en el año 1813 al ilustre Cienfuegos, muerto pocos años antes:

«Nada importa que el molde del sepulcro le tenga ya separado de la región de los vivientes. ¿Desata acaso la muerte los lazos de amor y de estimación que unen entre sí á los hombres?»

Estas palabras deben ser repetidas ahora por los que como nosotros tenemos el sentimiento de anunciar el término de la vida del mas esclarecido discípulo de Meléndez.

Para Quintana habia llegado en efecto la época de la posteridad, aun antes que la muerte le arrebatara de entre nosotros. Anciano de mas de ochenta años, hacia ya tiempo que habia dejado la pluma, con la cual se supo conquistar tantos laureles en España, en Europa y en América. Justamente celebrado de propios y extraños; calificadas sus obras entre las verdaderamente clásicas; proclamado como el patriarca y restaurador de la moderna literatura, como el cantor del patriotismo y de la virtud, como el Plutarco español, su muerte produce en nosotros el dolor natural del que ve desaparecer poco á poco los últimos representantes de una época gloriosa para nuestra patria, pero no añade nuevos quilates á la reputación del grande hombre, no hace mas que imprimir su sello indeleble en el diploma de inmortalidad que los contemporáneos le habian otorgado.



D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

El cadáver de Quintana reposa ya en la noche del sepulcro; pero su genio vive y vivirá entre nosotros mientras dure la historia, mientras haya una literatura na-

cional, mientras existan corazones capaces de comprender, apreciar y admirar la belleza en sus manifestaciones diversas. No ha roto, pues, no ha podido romper la muerte los lazos que á él nos unian. En su dilatada vida consagrada al servicio de su patria, se ha conquistado un puesto entre los claros varones, cuya historia dejó escrita con esos rasgos indelebles que solo nacen del que es capaz de sentir, comprender y ejecutar lo que describe.

Don Manuel José Quintana, nació en Madrid en 11 de abril de 1772, é hizo sus estudios de Humanidades, primero en Córdoba y despues en Salamanca, donde tuvo por maestros al insigne poeta Meléndez Valdés, y al erudito y esclarecido escritor Jovellanos.

Dióse á conocer la indole de su genio tanto en los escritos poéticos como en los históricos y políticos, todos marcados con el sello de un ardiente patriotismo, de un intenso amor á la virtud y á los altos hechos, y de un horror profundo á la tiranía y á la corrupcion. Teniendo á la vista en su primera juventud los ejemplos de una corte corrompida, sus primeros acentos casi puede decirse que fueron los de la indignación; y ya se dirija á su amigo Cienfuegos convidándole á gozar de la vida del campo en versos llenos de imágenes dignas de Gessner, ya cante las glorias de Padilla, ya la invencion de la imprenta, ya el combate de Trafalgar, ya fijase sus miradas en el panteon del Escorial, ya traiga á la memoria la restauración de nuestra patria, en su tragedia Pelayo, su voz robusta y enérgica trueno contra todo lo que ve de innoble, de bajo, de abyecto en derredor de sí.

La invasión de 1808 enardecí aun mas su patriotismo; y haciéndose intérprete de los sentimientos de que entonces se hallaban poseidos todos los españoles, llamó al combate y á la libertad á aquella raza que parecia degenerada y que se levantó poderosa y gigante ante los ojos de la atónita Europa. Sus odas á España despues de la revolucion de marzo de 1808 y